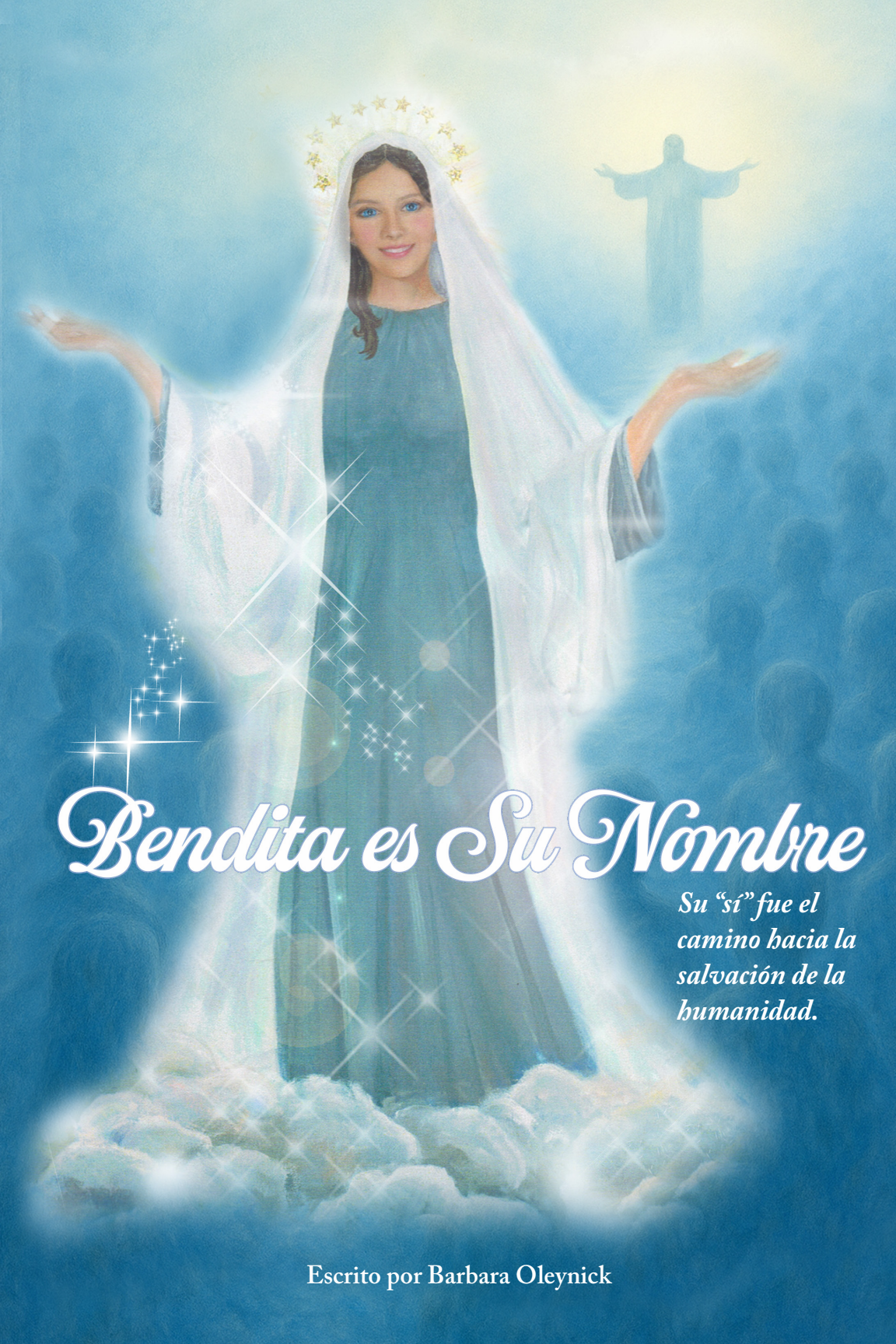




Bendita es Su Nombre

*Su "sí" fue el
camino hacia la
salvación de la
humanidad.*

Escrito por Barbara Oleynick

DEDICADO

Dedicado a la Madre de Todos - Y a todos los que saben
que al final triunfará Su Corazón Inmaculado.

INDICÉ

CAPÍTULO UNO.....	6
LA INMACULADA CONCEPCIÓN	6
CAPÍTULO DOS	11
LAS ENTRAÑAS DEL INFIERNO	11
CAPÍTULO TERCERO	15
EL NACIMIENTO DE MARÍA	15
CAPÍTULO CUARTO	20
LA ENSEÑANZA DE MARÍA	20
CAPÍTULO CINCO	23
EL TEMPLO	23
CAPÍTULO SEIS	31
LA MUERTE DE JOAQUÍN	31
CAPÍTULO SIETE.....	35
CAPÍTULO OCHO	41
LA MUERTE DE ANA	41
CAPÍTULO NUEVE	43
MARÍA ALCANZA LA MAYORÍA DE EDAD ...	43
CAPÍTULO DIEZ	45
LOS ESPONSALES DE MARÍA Y JOSÉ	45
CAPÍTULO ONCE.....	47
LOS INSTANTES DE LA CREACIÓN	47
CAPÍTULO DOCE.....	51
BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES	51
CAPÍTULO TRECE.....	54
REVELACIÓN A JOSÉ.....	54
CAPÍTULO XIV	58
EL VIAJE A BELÉN	58
CAPÍTULO XV	65
EL NACIMIENTO DE CRISTO.....	65

CAPÍTULO DIECISÉIS.....	70
PRESENTACIÓN	70
CAPÍTULO DIECISIETE	76
VIAJE A EGIPTO.....	76
CAPÍTULO DIECIOCHO.....	84
EL NIÑO JESÚS.....	84
CAPÍTULO DIECINUEVE	88
EL REGRESO A NAZARET.....	88
CAPÍTULO VEINTE	92
PREDICACIÓN EN EL TEMPLO	92
CAPÍTULO VEINTIUNO.....	98
JESÚS DE ADOLESCENTE A HOMBRE	98
CAPÍTULO VEINTIDÓS	101
LA MUERTE DE JOSÉ	101
CAPÍTULO VEINTITRÉS	105
SU VIDA PÚBLICA SE ACERCA	105
CAPÍTULO VEINTICUATRO.....	108
EL SACRIFICIO DE UNA MADRE.....	108
CAPÍTULO VEINTICINCO.....	111
EL BAUTISMO DE JESÚS.....	111
CAPÍTULO VEINTISÉIS.....	113
LA TENTACIÓN DE JESÚS	113
CAPÍTULO VEINTISIETE	116
LOS DISCÍPULOS DE CRISTO	116
CAPÍTULO VEINTIOCHO.....	117
LOS MILAGROS PÚBLICOS DE CRISTO	117
CAPÍTULO VEINTINUEVE.....	122
EL MINISTERIO EN CRECIMIENTO.....	122
CAPÍTULO TREINTA	123
LA TRANSFIGURACIÓN	123
CAPÍTULO TREINTA Y UNO.....	124
LA ÚLTIMA CENA	124
CAPÍTULO TREINTA Y DOS.....	127
EL DOLOR DE MARÍA.....	127

CAPÍTULO TREINTA Y TRES.....	129
EL CAMINO AL CALVARIO	129
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO	132
LA RESURRECCIÓN	132
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO	134
LA ASCENSIÓN DE CRISTO	134
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS	136
EL PENTECOSTÉS	136
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE.....	138
LA BATALLA DEL BIEN Y DEL MAL.....	138
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO	142
EL Credo DE LOS APÓSTOLES	142
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE	146
LA MUERTE DE SANTIAGO.....	146
CAPÍTULO CUARENTA.....	147
LIBERANDO A PEDRO	147
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO	151
LOS EVANGELIOS	151
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS.....	155
LA MUERTE DE NUESTRO AMADA.....	155
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES	160
LA ASUNSIÓN DE MARÍA	160
NOTAS DEL AUTOR	164

PREFACIO

“Bendito sea su nombre” es una adaptación en prosa de un guión "inspirado" escrito por Barbara Oleynick en el año 2000. Se basa en los escritos espirituales de María de Jesús de Ágreda, una devota monja franciscana de Ágreda, España, conocida comúnmente como María de Ágreda. (1602-1665) Nacida en el seno de una familia consagrada a Dios -su madre y ella ingresaron en el convento en enero de 1619, mientras su padre y sus dos hermanos se hacían frailes franciscanos-, fue nombrada inesperadamente abadesa a los veinticinco años por dispensa Papal. Muriendo con fama de santidad, su causa de canonización fue introducida sólo siete años después, el 21 de junio de 1672, por la Congregación de Ritos de la Corte de España. Su fama perdura no sólo por su vida santa, sino también por su obra “*La Mística Ciudad de Dios, historia divina de la Virgen, Madre de Dios*”. Concebida en 1627, nueve años después de ingresar en el convento, fue iniciada por orden de su confesor y las primeras 400 páginas fueron producidas en sólo veinte días. Aunque en un principio trató de suprimir su publicación, se envió un ejemplar a Felipe IV, que desde hacía tiempo había manifestado su interés por ella. Más tarde, siguiendo las instrucciones de otro confesor, quemó todos sus escritos, para reanudar la obra en 1655 y completarla en 1660; se imprimió póstumamente en Madrid en 1670.

Afirmando recoger revelaciones divinas, *La Ciudad Mística* detalla los misterios de la Vida y Muerte Divina de la Virgen María, celebrada como Madre de la Humanidad y Reina del Cielo. Originalmente un texto español de 4000 páginas dividido en cuatro volúmenes fue traducido posteriormente al alemán en 1885 por los Padres Redentoristas. Inspirado por la edición alemana, el sacerdote de Chicago Padre George J. Blatter aprendió español para

realizar una traducción al inglés, publicada por primera vez en 1912.

En septiembre de 1999, Barbara, cuya tesis fue el musical “*El Milagro de Fátima*”, experimentó un encuentro fortuito cuando “*La Mística Ciudad de Dios*” cayó literalmente de la estantería de una librería sobre sus pies. Impresionada por la obra, la leyó durante todo el año, releyendo a menudo capítulos del tomo de 1.000 páginas. El 8 de diciembre de 2000 empezó a escribir un guion, algo que nunca había hecho antes, y lo terminó el 25 de diciembre del 2000. Esta nueva adaptación narrativa, acercará la historia y la vida divina de la Virgen Madre de Dios a todos sus hijos. Ha llegado el momento.

CAPÍTULO UNO

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

En el año 25 a.C., la aldea de Nazaret bullía de energía, sus estrechas calles rebosaban de mercaderes que pregonaban sus mercancías y de niños que se entrelazaban entre la multitud en juguetones estallidos de risa. El rítmico tintineo del martillo de un herrero resonaba contra los muros de piedra, mezclándose con el parloteo de los vendedores que regateaban los precios. El aire desprendía el aroma del pan caliente recién horneado, mezclado con el aroma terroso de las especias -canela, comino y cardamomo- que brotaban de las cestas tejidas. La luz del sol se reflejaba en los tejados de arcilla, y el lejano balido de las cabras se mezclaba con la sinfonía de la vida cotidiana, dibujando la escena de un pueblo vivo con propósito y tradición.

Un grupo de mujeres vestidas con largas y vaporosas túnicas de lino de azules profundos, rojos apagados y cremas terrosos y naturales se agrupaban en la plaza del pueblo y sus voces se entrelazaban en un animado coro de risas y conversaciones. Rodeaban a dos mujeres más jóvenes, ambas cargadas de niños, con las manos rozando suavemente sus redondeados vientres mientras murmuraban bendiciones y compartían sonrisas cómplices. El aire crepitaba de entusiasmo, el calor de la hermandad las envolvía como un chal reconfortante. La luz del sol bailaba en sus rostros, resaltando los ojos brillantes de expectación, mientras el rítmico vaivén de las faldas tejidas y el tenue aroma de la lavanda y los higos horneados flotaban en la brisa, marcando el momento como uno de alegría, esperanza y promesa de una nueva vida.

Una pareja de ancianos se movía deliberadamente entre la bulliciosa multitud, con una presencia firme pero discreta. Joaquín, con un cuerpo fuerte a pesar del peso de los años,

caminaba con serena dignidad, con las manos entrelazadas a la espalda, siguiendo los pasos de su esposa. A su lado, Ana caminaba con una gracia apagada por la tristeza, su rostro delineado por la sombra de un dolor demasiado profundo para las palabras. Sus ojos, que antes brillaban por su juventud, tenían ahora una mirada distante y melancólica, que reflejaba cargas llevadas en silencio. Los pliegues de su capa color tierra ondeaban ligeramente a cada paso, la tela desgastada pero digna, como la propia mujer.

A medida que se acercaban al grupo de mujeres, Joaquín notó cómo la mirada de Ana se detenía en las embarazadas, su mano se movía instintivamente para descansar sobre su propio vientre estéril. Se inclinó hacia ella, y le murmuró suavemente:

"Ana... no."

Ana forzó una sonrisa, aunque sus ojos delataban su dolor. *"Joaquín, estoy bien. Vamos, deseémosles lo mejor. Pronto recibirán maravillosos regalos de Dios. Qué bienaventurados son"*. Se acercaron al grupo y la risa de las mujeres decayó, sus ojos se desviaron incómodos hacia Ana. Ella las saludó con una cálida sonrisa, aunque le dolía el corazón, sus palabras eran sinceras.

"Ya casi das a luz Raquel, y tú también, Susana. ¿Qué pensáis? ¿Otro niño para cada una esta vez? ¿Debo rezar para que tengáis hijas?"

Una de las mujeres, con tono cortante y poco amable, replicó: *"Deberías rezar por ti, Ana"*.

El grupo estalló en carcajadas, sus voces cortando el aire como un cuchillo. Otra mujer, envalentonada por la crueldad de la primera, se volvió hacia Joaquín.

"Joaquín, tengo una hermana menor encantadora. Ella está lista y es bastante madura para darte el hijo que necesitas. Nuestra ley dice que puedes tomar una nueva

esposa si la vieja se vuelve como un pedazo de tierra marchita."

Joaquín tensó la mandíbula, pero no dijo nada. En lugar de eso, apartó con cuidado a Ana del grupo, con el corazón roto al ver la expresión de dolor que se dibujaba en su rostro.

Los vibrantes colores del día dieron paso a la luz fría y plateada de la luna llena. El pueblo de Nazaret yacía tranquilo bajo el cielo estrellado, las casas de piedra proyectaban largas sombras a la luz de la luna hasta que ésta se posó sobre la humilde morada de Joaquín y Ana.

Arrodillados en oración, sus cabezas inclinadas y sus manos juntas en silenciosa devoción. La sala estaba en silencio, salvo por el suave murmullo de sus voces que se elevaban como incienso hacia el cielo. La voz de Joaquín, firme y reverente fue la primera en romper el silencio. Sus palabras estaban cargadas de esperanza y anhelo.

"Padre Todopoderoso, continuamos orando por la venida del Mesías. Aquel que será la salvación de la humanidad. Que Su palabra sea todo lo que el hombre conozca y por lo que viva. Tu ira es contenida en tiempos en que parece tan necesaria; cuán grande es Tu amor por Tus hijos, Señor. Sin embargo, ellos no temen Tu poder, ni honran la gloria de Tu grandeza".

La voz de Ana se unió a la suya, más suave pero no menos ferviente, con sus palabras temblorosas por el peso de años de oraciones sin respuesta. *"Padre Santísimo, Señor de todo, continúo en mi oración de tener un hijo para que podamos honrar las leyes de nuestra fe. Este niño te lo dedicamos a Ti. Te rogamos que sea Tu voluntad y que se cumpla".*

Sus plegarias permanecían en el aire, una ofrenda sagrada de fe y entrega, mientras la luz parpadeante de una única lámpara de aceite proyectaba sus sombras contra las paredes.

Sus plegarias tendrían una respuesta que ninguno de los dos podía imaginar.

Pasaron diez años desde que Joaquín y Ana comenzaron a rezar fervientemente por un niño. Las estaciones habían cambiado y ahora el pueblo yacía envuelto en la quietud del invierno. El paisaje, que antes vibraba con el calor del verano, era ahora crudo y frío, los árboles desnudos y la tierra endurecida por la escarcha. En el interior de su humilde hogar, los años habían marcado a Joaquín y Ana. Sus rostros mostraban las arrugas del tiempo, sus cabellos tenían vetas plateadas, pero su fe permanecía inquebrantable.

Una vez más, se arrodillaron para rezar, sus voces se elevaron al unísono, como testimonio de su perdurable devoción. Pero esta vez, mientras rezaban, una luz repentina y radiante llenó la sala, envolviéndolos en su resplandor. Ante ellos apareció un hombre joven y sorprendentemente apuesto, cuya presencia era a la vez etérea y tangible. Era el ángel Gabriel, con su forma resplandeciente de luz divina y su voz suave pero autoritaria.

"Soy Gabriel, enviado por la Santísima Trinidad con este mensaje: Vosotros, Joaquín y Ana, que os habéis mostrado devotos servidores, que, en continua oración por la redención de la humanidad y la venida del Mesías, habéis acudido a Nuestra presencia y habéis sido escuchados en Nuestra clemencia. Así también ha sido escuchada vuestra oración por un hijo. Nuestra promesa para vosotros, por el favor de Nuestra diestra, es que recibirás el Fruto de la Bendición. Ana, aunque estéril, concebirá milagrosamente una hija, a la que daréis el nombre de María. Será bendita entre las mujeres. Todas las naciones la conocerán como La Bienaventurada. Porque el amor ha ablandado el corazón del Todopoderoso y ha apresurado Sus misericordias hacia el hombre. Esta hija será maravillosa en todas sus acciones y en toda su vida. Desde su infancia, que sea consagrada a Dios, como lo has

prometido. Será elegida, excelsa, poderosa y llena del Espíritu Santo. Por la Concepción de la Niña, se alegrarán todo el cielo y la tierra".

La luz que rodeaba a Ana se hizo aún más brillante, y Gabriel se volvió hacia ella, hablándole en privado. *"Crearemos en ti una obra perfecta, que es el objeto de Nuestra Omnipotencia, y un modelo de la perfección destinada a Nuestros hijos, y la corona final de la creación. En Ella, que estará libre de pecado, depositamos todas las gracias y bienes dados y luego perdidos por el primer hombre. Sólo Tú sabrás que María será portal de vida y salvación para los hijos de Adán".*

En ese momento, el ángel Gabriel desapareció y la luz que rodeaba a la pareja se desvaneció, dejándoles en un silencio atónito.

El invierno dio paso al suave calor del final del verano. Ana, visiblemente encinta, trabajaba en su jardín, cuidando las plantas con esmero. Sobre ella, una fugaz blancura flotaba en el aire, una presencia indistinta pero palpable. Ana tarareaba suavemente con el ostro radiante de alegría. Un vecino que pasaba por allí se detuvo a saludarla.

"No te falta mucho, ¿verdad, Ana?", preguntó la mujer, con un tono cálido y curioso.

Ana sonrió, apoyando una mano en su redondeado vientre. *"Aún faltan dos meses, estamos para el final del verano".*

"¿Y tú qué crees? ¿Un niño? ¿Una niña

Ana río suavemente con los ojos brillantes. *"¡Un milagro a mi edad!"*

CAPÍTULO DOS

LAS ENTRAÑAS DEL INFIERNO

En las profundidades de la tierra, las entrañas del infierno hervían con una furia implacable e insaciable. Las llamas rugían como bestias vivas, sus lenguas de fuego lamían la roca dentada y ennegrecida, proyectando sombras salvajes y parpadeantes que danzaban como almas atormentadas. El suelo palpitaba de calor, agrietado y fundido, rezumando ríos de fuego líquido que se abrían paso a través del abismo. El aire estaba cargado del hedor a azufre y de los ecos de los lamentos angustiados, cuyo dolor se entretejía en el tejido mismo de la extensión infernal. La oscuridad se cernía sobre los espacios entre las llamas, no la ausencia de luz, sino un vacío asfixiante y devorador que presionaba a los condenados como una mano invisible. Era un lugar de tormento sin fin, donde el tiempo perdía sentido y la desesperación se aferraba al aire como una niebla asfixiante, envolviéndolo todo. Lucifer, imponente y amenazador, se paseaba de un lado a otro con movimientos agitados. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido desgarrador, y su voz resonó en el abismo. Abrió la mano, escudriñándola, y apareció la imagen de Ana y su vecino riendo. Vio que Ana se llevaba la mano al vientre de embarazada, con una alegría inconfundible.

La mano de Lucifer se cerró en un puño y dejó escapar un gemido gutural, su rabia era palpable.

Más tarde, en el interior de su modesta casa, Ana estaba sentada junto a la ventana, con los dedos cosiendo hábilmente una delicada prenda para bebé. La luz dorada de la tarde se filtraba a través de las contraventanas de madera, proyectando cálidos patrones moteados sobre el suelo de tierra. Una suave brisa agitaba la tela en su regazo, transportando el tenue aroma del romero y el pan recién horneado. El murmullo de la vida

del pueblo llegaba desde el exterior -voces lejanas, el balido ocasional de una cabra-, pero entre aquellas paredes todo era calma, un santuario de devoción silenciosa.

Entonces, sin previo aviso, el aire cambió. El calor desapareció de la habitación y fue sustituido por un frío antinatural que le erizó la piel. La suave luz se atenuó como si el mismo sol retrocediera. Un peso se asentó sobre su pecho, denso y sofocante. La vacilante lámpara de aceite temblaba, su llama se encogía, mientras una oscuridad, más rica que la sombra, se acumulaba en el rincón más alejado.

Y entonces... él estaba allí.

Lucifer emergió, su presencia deformando el espacio a su alrededor, una figura de terrible belleza y pavor devorador. Sus ojos, como ascuas humeantes, la miraban fijamente y, aunque su rostro estaba esculpido con la perfección de un ángel, estaba marcado por algo más profundo: una ira ancestral, una tristeza transformada en algo cruel. El aire que lo rodeaba palpitaba con una fuerza invisible, presionándola, amenazando con sofocar la paz que momentos antes había llenado la habitación. La aguja de Ana se escurrió de sus dedos, olvidada, mientras miraba fijamente el rostro de la mismísima oscuridad.

Su aspecto era más de hombre que de bestia, aunque su presencia no era menos aterradora. Comenzó a reprenderla, con voz cargada de malicia.

"Mírate, una mujer tan vieja y marchita con un hijo. Y Joaquín es aún mayor que tú. No es suyo, ¿verdad? Adúltera. Me complaces. Tú, que rezas a Dios con tanta piedad, llevas tu pecado en el vientre".

Ana cayó de rodillas, llorando, con las manos cubriéndose instintivamente el vientre para proteger a su hijo nonato. Antes de que Lucifer pudiera pronunciar una sola palabra, un súbito resplandor rompió la opresiva penumbra. En un instante, dos seres celestiales descendieron y su presencia iluminó la

habitación con un resplandor que desafiaba la oscuridad que se filtraba de la figura del ángel caído.

Un ángel descendió con una rapidez pasmosa y sus enormes alas se desplegaron como un escudo de luz pura, envolviendo a Ana en una barrera de protección divina. El aire que la rodeaba, antes cargado de temor, zumbaba ahora con una calidez sobrenatural, una fuerza tranquilizadora que hacía retroceder las asfixiantes garras del mal.

El segundo ángel se mantuvo firme, elevándose ante Lucifer con una presencia que irradiaba una autoridad inquebrantable. Sus ojos ardían con el fuego del mismo cielo y sus vestiduras brillaban como oro fundido. Sin vacilar, la voz del ángel resonó, rica e imponente, cada palabra retumbando con el poder del Todopoderoso.

"No volverás a entrar en esta casa", declaró el ángel, su voz estremeció el aire mismo. "¿No lo ves? Ana está custodiada por nosotros, siervos del Señor. ¡Vete, pues no tienes derecho a estar aquí!"

Las paredes mismas de la casa parecieron vibrar con el peso de la declaración. La oscuridad retrocedió, siseando como una serpiente herida, y la otrora imponente forma de Lucifer vaciló, su furia se encontró con una fuerza inamovible.

Los ojos de Lucifer se entrecerraron y su voz se llenó de veneno. *"¿Por qué protege a una mujer tan miserable que tiene un hijo bastardo? Él raspa el fondo del barril para los creyentes".*

La voz del ángel era firme. *"Vete y que sepas que Ana nunca está sola".*

La forma de Lucifer comenzó a disiparse, pero su voz perduró, un eco escalofriante. *"Y estoy observando. Siempre estoy observando".*

Cuando su presencia se desvaneció, su voz cayó en espiral hacia el abismo, un inquietante recordatorio de su implacable malicia. *"¿Por qué me molestan tanto personas como ella? Acabaré con su vida si es necesario. Lo que haga falta para volver a un estado de paz".*

CAPÍTULO TERCERO

EL NACIMIENTO DE MARÍA

Dos meses después, el pueblo de Nazaret yacía bañado por el suave resplandor de la luna llena, cuya luz proyectaba largas sombras sobre el paisaje. La noche era tranquila, el aire fresco con la promesa del amanecer. En la ladera de una colina que domina la aldea, Joaquín está arrodillado rezando, con su silueta marcada en el cielo iluminado por la luna. Con las manos juntas y la cabeza inclinada, expresaba en voz baja su gratitud y sus peticiones.

El suave rayo de luna se filtraba en una habitación de su pequeña casa de piedra, donde Ana yacía en pleno trabajo de parto. Sin embargo, a diferencia de los habituales llantos y forcejeos del parto, en la habitación reinaba una calma de otro mundo. Ana estaba sentada, con el rostro sereno, como si no le afectaran los dolores del parto. Las comadronas se movían por la habitación con una expresión de asombro y confusión.

"Ana", murmuró una comadrona, con la voz teñida de asombro, *"nunca había visto algo así. Ni un dolor. Extraño, ¿verdad, hermana?"*

La segunda comadrona rió suavemente, aunque sus ojos delataban su asombro. *"Quizás sea su edad! Si hubiera sabido que sería tan fácil, yo misma habría esperado. Mira, el niño está saliendo".*

Ana, tranquila y serena, extendió la mano mientras la comadrona colocaba suavemente a la recién nacida en sus brazos. La recién nacida estaba envuelta en las suaves sábanas preparadas para su llegada, y su delicada figura era acunada con sumo cuidado. Sin embargo, mientras yacía en los brazos de su madre, algo más allá de lo ordinario se desplegó: su piel parecía brillar con una luz que no era de este mundo, un suave

resplandor celestial que sólo Ana y los ángeles podían percibir. Resplandecía como el primer rubor del alba, sutil pero innegable, una silenciosa declaración del toque divino en su vida.

Las comadronas, ajenas al resplandor celestial, pero presintiendo algo extraordinario, intercambiaron miradas con los ojos muy abiertos. Sus manos, tan acostumbradas a los temblores de la nueva vida, temblaban ligeramente al contemplar a la niña con silencioso asombro.

Por fin, la primera comadrona encontró la voz, aunque apenas era más que un susurro. "*¡Una niña!*", exclamó, con un tono de asombro. "*Ana, tienes una hija. Mírala: exquisita, impecable. Tan perfecta*".

La segunda comadrona asintió con la cabeza y sus dedos acariciaron suavemente la suave mejilla de la bebé. Una silenciosa reverencia se apoderó de la habitación, el aire cargado de algo no dicho, pero profundamente sentido. Ninguna de las dos mujeres sabía que el mismísimo cielo se había acercado para asistir al nacimiento de la niña destinada a llevar la salvación de la humanidad.

Ana acunó a la niña, con el corazón henchido de un amor que trascendía las palabras. La habitación parecía resplandecer con una suave luz que emanaba del corazón de la bebé, una presencia divina que llenaba el espacio de calidez y paz. La segunda comadrona sonrió, con un tono ligero pero lleno de admiración. "*Bueno, parece que no nos necesitas a nosotras. Te las has arreglado bastante bien, Ana, mucho mejor de lo que imaginaba. Vamos, hermana, dejemos a la nueva madre con su hija. Dios te ha bendecido, finalmente. Buenas noches, Anne.*"

Cuando las comadronas abrieron la puerta para marcharse, los primeros indicios del amanecer pintaron el cielo con vibrantes tonos rosas y dorados. La segunda comadrona rió

suavemente. *"Querrás decir buenos días. Compartamos las buenas noticias con Joaquín".*

La puerta se cerró tras ellas y la habitación volvió a quedar bañada por la suave luz del sol naciente. Ana estaba sentada a solas con su hija recién nacida, los rayos de sol se colaban por las rendijas de la ventana e iluminaban la diminuta figura de la niña. Ana examinó suavemente a su bebé, tocando sus delicados dedos de manos y pies, maravillada ante el milagro que tenía en sus brazos. La luz que irradiaba el corazón de la niña parecía aumentar, llenando la habitación de un resplandor sagrado.

Abrumada por la emoción, Ana se acercó a la niña y cayó de rodillas, con la voz temblorosa por la gratitud y el asombro. *"Señor, Creador de toda vida y poderosísimo en Tu infinita sabiduría, me has dado esta niña. Te doy las gracias. Pero ahora debo preguntarte, ¿cómo voy a cuidar de aquella a quien sólo Tú has considerado portadora de la Palabra Eterna? ¿Cómo he de tratar a la que será la Madre de Tu Hijo?"*.

Una voz, suave pero llena de autoridad, llenó la habitación. *"Cuidarás de ella exteriormente como una madre cuida de su hijo, sin ninguna demostración de reverencia, pero conservando esta reverencia internamente"*.

De repente, la habitación se inundó de un resplandor incomprensible. Apareció una hueste de ángeles, cuyas formas radiantes brillaban como el fuego y la perla, llenando de luz divina todos los rincones de la humilde habitación. Sus vestiduras caían en cascada como oro líquido, sus alas se desplegaban en un luminoso esplendor, agitando el aire con un susurro de gracia celestial.

Entonces, como si el mismo cielo se hubiera acercado, se elevó una melodía: un himno tan puro, tan dolorosamente bello, que las mismas paredes parecían zumbir con su

resonancia. Sus voces se entrelazaban en perfecta armonía, un canto de alabanza que temblaba de alegría y reverencia por María, la recién nacida. Era un sonido que no estaba destinado sólo a los oídos mortales, sino a los reinos del más allá, una proclamación a los cielos de que una elegida de Dios había entrado en el mundo.

Anne, acunando a su hija, sintió que la música la envolvía como una luz cálida, y su corazón se hinchó de asombro. El aire brillaba como si el tejido entre el cielo y la tierra se hubiera diluido, y en ese momento sagrado, lo supo: su hija había sido bendecida, destinada a un destino inimaginable.

La luz que emanaba del corazón de la bebé se hizo más brillante, convirtiéndose en un conducto a través del cual las palabras de Dios se transmitían directamente a la niña, que comprendía todo lo que se le decía. La voz de Dios transmitía su amor.

"Amada mía, en la tierra, el Verbo te tendrá como Madre, sin padre, como en el cielo tiene un Padre sin madre. Ha llegado la hora, por Nuestra providencia, de dar vida a la luz, a la criatura en forma humana, liberada del pecado, que ha de aplastar la cabeza de la serpiente. Ha llegado la hora, tan bendita para los mortales, en la que han de abrirse los tesoros de Nuestra divinidad y abrirse las puertas del cielo. Que se prepare ahora el género humano, pues pronto han de recibir al Maestro, al Hermano y al Amigo, pues Él será el Cordero de Dios que quitará los pecados del mundo."

Luego, dirigiéndose a Gabriel, Dios ordenó: *"Ve a las cavernas del limbo. Di a Enoc, a Elías, a los santos padres y a los justos que esperan allí desde hace miles de siglos, que la redención de la humanidad está próxima."* El nacimiento de María, la Madre de Dios, tuvo lugar el 8 de septiembre del año 14 A.C. Fue el momento, que fijó el plan para la salvación del hombre.

Con eso, Gabriel desapareció, su forma radiante se disolvió en lo invisible, como una estrella que se desvanece en la vasta extensión del amanecer. La habitación, aunque silenciosa una vez más, aún palpitaba con el calor persistente de su presencia. Ana, ahora sola con su hija recién nacida, contempló a María, con el corazón henchido de una mezcla indescriptible de amor, asombro y reverencia.

Sin embargo, no estaba realmente sola. Los ángeles restantes permanecieron cerca, su resplandor etéreo proyectaba una suave luminiscencia sobre la habitación. Aunque no hablaban, su presencia era una proclamación silenciosa: un voto de protección que se extendería más allá de este momento, más allá de esta noche, más allá del tiempo mismo. Eran centinelas invisibles, guardianes del niño cuyo nombre resonaría algún día a través de los siglos.

Una suave brisa recorría la habitación, llevando consigo una sensación de paz, una tranquila seguridad de que María nunca andaría desprevenida.